

mente un punto por el que todo el mundo tenía á honra ser castigado. ¡En una cuestión de conciencia imponía una pena de *dinero*! ¡Qué ventaja para el enemigo! A falta de fanatismo, solo el honor, el honor del gentil-hombre, la noble locura de la antigua Francia, iba de seguro, á hacer olvidar toda consideración de público deber, de amor de la paz. Aquellos mismos que en nombre de la salvación común y del verdadero cristianismo se hubieran sometido eran arrojados por tan baja penalidad á la cuestión del punto de honor y de la dignidad personal.

Ni decreto, ni medida general alguna hacía falta. Lo que hacía falta eran hombres: hombres á disposición de la Asamblea que obrasen bajo la vigorosa dirección de sus comités, pero de diversa manera, según el estado moral de cada provincia, que en cada una era muy diferente.

Pero aquellos hombres no se encontraban ni en la administración departamental ni en el poder judicial, ambos débiles, disgregados, sometidos al azar de las elecciones y de las influencias locales. Extraño espectáculo de este gran cuerpo de la Francia, todavía no organizada ni centralizada. El centro orgánico (la Asamblea) quería, amenazaba; pero desde el centro á las extremidades que debían ejecutar, el lazo era incierto é infiel; la Asamblea decía en su decreto que quería levantar la espada; para levantar se necesita una mano: y la Asamblea no la tenía.

Era aquel el caso de un pobre paralítico que grita, que amenaza desde su sillón, pero que no puede moverse. Para salir de su impotencia sería necesaria una extraña revolución, un terrible acceso de furor.

Faltando la fuerza vino en su calor la cólera. No teniendo la Asamblea ni administración ni tribunales que fuesen suyos, la Revolución obró por los clubs, por la apelación á la violencia y consiguió obrar, destrozándolo todo y destrozándose.

Tal es el destino de un Estado imprevisor que no ha sabido organizar ni la acción ni la represión. Aquel que no teniendo ni el principio ni el fin, careciendo de la iniciación moral y religiosa, abandonada al sacerdote, no tiene tampoco en su mano lo que corrige y remedia, el poder judicial, semejante Estado, digo, está perdido. Desdichado de los que como nosotros, por un supersticioso respeto á la inamovilidad, lo dejan á sus enemigos. La Revolución, juzgada cada día por la contrarrevolución, perecería en plazo más ó menos largo.

Hecho el decreto, bueno ó malo, faltaba hacerlo cumplir. Tal vez hubiese hecho poco daño si su aplicación se hubiese modificado ó retardado, particularmente en el Oeste. Pero en París provocó una resistencia fatal por parte de la corte y de los constitucionales. Estos últimos, evluídos de toda dirección, aun indirecta sobre la Asamblea, sintieron gran gozo de servir de obstáculo. Se habían refugiado en un cuerpo y en un club, el club de los Fuldenses y el cuerpo del departamento de

París. El uno preparó y el otro firmó una protesta dirigida al rey, suplicándole que opusiese su *veto* al decreto relativo á los sacerdotes. No teniendo para nada en cuenta las circunstancias, manteniéndose en la abstracción, fingiendo creer que se trataba de hombres inofensivos y pacíficos, confundiendo por doquier al cura con el ciudadano, haciendo como que no sospechaban que el primero, investido de una autoridad sumamente peligrosa, es más responsable que el segundo, el Directorio de París invocaba el *veto* del rey, como si en aquella época esto constituyese una verdadera fuerza. Poner al rey delante de los sacerdotes, contra la corriente, era querer que sacerdotes, rey, y Directorio de París todo fuese arrastrado por el mismo empuje.

Los firmantes de aquella acta insensata eran sin embargo gentes de talento, como Talleyrand, Baumetz, etc. Hé aquí para lo que sirve el talento, la costumbre de estudiar minuciosamente las pequeñas relaciones de las cosas, de mirar con el microscopio, de manejar con destreza el mundo de la intriga. Para la Revolución no sirve la delicadeza. El genio para arrastrar á las masas necesita ser grande, sencillo, grosero, si me es lícito hablar así.

Una respuesta mucho más ingeniosa, aguda y penetrante (el documento más francés que se ha escrito desde la muerte de Voltaire) les fué lanzada por Desmoulins, bajo la forma de una petición á la Asamblea nacional. El mismo lo llevó á la barra, y no fiándose de su voz, lo hizo leer por Fauchet. La originalidad de este documento estriba en que tratándose de una gran cuestión política y de equidad, el malicioso leguleyo no atestiguaba más que con el derecho escrito, con el texto de las leyes, de aquellas mismas leyes que habían hecho los miembros del Directorio como miembros de la Asamblea constituyente; les combatía con sus armas, les hería con sus propias flechas. La ley contra los que *envilecen los poderes públicos*, la que castiga las *peticiones colectivas*, demostraba perfectamente que aquí caían á plomo sobre sus propios autores, que eran culpables de haber intentado envilecer el primer poder, á la Asamblea, y concluía pidiendo que se procesase al Directorio.

Calificaba la petición del Directorio como «la primera hoja de un gran registro de contrarrevolución, una suscripción de guerra civil puesta á la firma de todos los fanáticos, de todos los idiotas, de todos los esclavos permanentes, de todos los exladrones», etc.

Lo más grave en aquel documento, lo que dió en el blanco, fué la punzante ironía con que arrancó el velo á la situación y formuló claramente lo que estaba en lo más íntimo de todos los espíritus; fórmula de una terrible claridad, que hería al rey aparentando defenderle y que ha quedado como el juicio de la historia.

«No nos quejamos ni de la Constitución, que ha concedido el veto, ni del rey que lo ejercita, acordándonos de la máxima de un gran político, de Maquiavelo:

«Si el príncipe debe renunciar la soberanía, sería muy injusta la

»nación, demasiado cruel, si le parecía mal que se ofreciese constantemente á la voluntad general, porque es difícil y contra la naturaleza el que se caiga desde tan alto voluntariamente.»

«Penetrados de esta verdad, tomando ejemplo del mismo Dios, cuyos mandamientos no son imposibles, no exigiremos jamás al ciudadano soberano un amor imposible á la soberanía nacional, y no nos parece mal que opongan su *veto* precisamente á los mejores decretos.»

Esto era poner el dedo en la llaga. La Asamblea se conmovió, reconoció su propio sentimiento, adoptó el documento como propio y decretó su inserción en el acto ordenando que se remitieran copias á los departamentos. Al día siguiente los miembros pertenecientes á los Fuldenses habían llegado muy temprano en número de 260 y formaban una mayoría contraria que anuló el decreto de la víspera con grande indignación de las tribunas y del público. Desde aquel momento se entabló una lucha contra su club; colocado á la puerta de la Asamblea y en el mismo cuerpo de edificio, la afluencia de las dos multitudes debía ser ocasionada á tumultos, á colisiones tal vez.

Esta lucha interior que agitaba á París estalló en el preciso momento en que la autoridad se hallaba desarmada; tanto por la retirada de Lafayette, que había dejado el mando, como por su derrota en las elecciones municipales (17 de Noviembre del 91). Ya hemos dicho que la reina, en odio á Lafayette, había dado á los realistas la orden de que votasen al Jacobino Petion, que alcanzó 6.700 votos contra los 3.000 de su contrincante. La reina había dicho: «Petion es un majadero, incapaz de hacer ni bien ni mal.» Pero detrás de él venía Manuel como procurador de la comuna, y detrás de Manuel su sustituto, el formidable Danton, á quien la reina abrió las puertas al favorecer á Petion.

La guerra interior contra los sacerdotes y el rey que los defiende, la guerra exterior contra los emigrados y los reyes que les protegen, se acentúa cada día más, no todavía en los actos, pero sí en las palabras, en las amenazas, en el hervor visible de los corazones.

El 22 de Noviembre oyó la Asamblea un informe de Koch sobre el estado amenazador de Europa, sobre las vejaciones que sufrían los ciudadanos franceses de la Alsacia por parte de los emigrados y de los príncipes que toleraban sus reuniones. Aquellas vejaciones denunciadas á Mr. de Montmorin le habían conmovido mediocrementes; había contestado en términos vagos y no había hecho nada. La Asamblea no podía imitar semejante indiferencia. El comité diplomático pedía que se recordase á los príncipes la Constitución germana, que les prohíbe todo lo que puede comprometer al Imperio en una guerra extranjera, y que el poder ejecutivo tomase medidas para obligarles á que disolviesen aquellas reuniones armadas.

La cuestión, tratada brevemente por Koch, fué ampliada por Isnard con la extensión é importancia que merecía. Era la cuestión de la guerra. Formuló con atrevimiento toda la ventaja que podía obtener Fran-

cia obligando á sus enemigos que se declarasen, y si era preciso que diera el primer golpe.

«Elevémonos en esta circunstancia á toda la altura de nuestra misión; hablemos á los ministros, al rey, á la Europa con la firmeza que nos conviene. Digamos á nuestros ministros que hasta ahora no está muy satisfecha la nación de la conducta de cada uno de ellos. Que en adelante deben escoger entre el reconocimiento público y la venganza de las leyes, y que la palabra responsabilidad es para nosotros sinónimo de muerte. Digamos al rey que su interés estriba en defender la Constitución; que su corona pende de aquel *palladium* sagrado que no reina más que por el pueblo y para el pueblo; que la nación es su soberano, y que él es súbdito de la ley. Digamos á Europa que si el pueblo francés desnuda su espada, arrojará la vaina; que si á pesar de su poder y su valor sucumbiese defendiendo la libertad, sus enemigos reinarian sólo sobre un montón de cadáveres. Digamos á Europa que, si los gobiernos comprometen á los reyes en una guerra contra los pueblos, nosotros comprometeremos á los pueblos en una guerra contra los reyes. (Aplausos). Digámosla que todos los combates que se libren entre los pueblos por orden de los déspotas... (continúan los aplausos). No aplaudais: no aplaudais; respetad mi entusiasmo, que es el de la libertad.»

«Digámosla que todos los combates que libren los pueblos por orden de los déspotas se parecen á los golpes que se dan en la oscuridad dos amigos, excitados por un pérfido instigador; si surge la luz arrojan las armas, se abrazan y castigan á los que les engañaban. De igual manera, si en el momento en que los ejércitos enemigos luchasen con los nuestros hiriese su vista la luz de la filosofía, los pueblos se abrazarían á la faz de los tiranos destronados, de la tierra consolada y del cielo satisfecho.»

La poderosa cólera de Isnard era verdaderamente adivinadora y profética. Todo lo que dijo el 29 de Noviembre sobre la perfidia de los reyes y la necesidad de precaverse contra ellos, comenzó á evidenciarse poco después. El 3 de Diciembre exhibía Leopoldo, desde Viena, una acta, moderada en la forma, pero que colocando la cuestión en un punto verdaderamente insoluble, anunciaba la intención de suscitar una querrela eterna y el pensamiento ulterior de obrar cuando estuviese preparado.

Su conducta era evidentemente ambigua. Como Leopoldo y como austriaco era amigo de Francia y reprimía los insultos hechos en sus estados á los franceses que llevaban la escarapela nacional. Pero como emperador impedía á los príncipes posesionados de la Alsacia que aceptasen las indemnizaciones que les ofrecía Francia; rompía y anulaba los pactos que hubieran ya podido hacer, quería obligarles á que obtuviesen su entera reintegración, anunciando la resolución de *sostenerlos* y *darles socorros*. Y el motivo que alegaba era de los que hacen la

guerra inevitable, fatal; la misma cuestión de la soberanía. Las tierras en cuestión, decía, no estaban, de *tal modo sometidas á la soberanía* del rey que pudiera disponer de ellas indemnizando á los propietarios. De manera, que él veía allí unas encartaciones puramente germánicas del imperio en medio de Francia; Francia, sin saberlo, tenía el imperio en su seno, el enemigo en sus posiciones más peligrosas, detrás de sus líneas más expuestas. Colocadas en tales términos la cuestión, fácil era

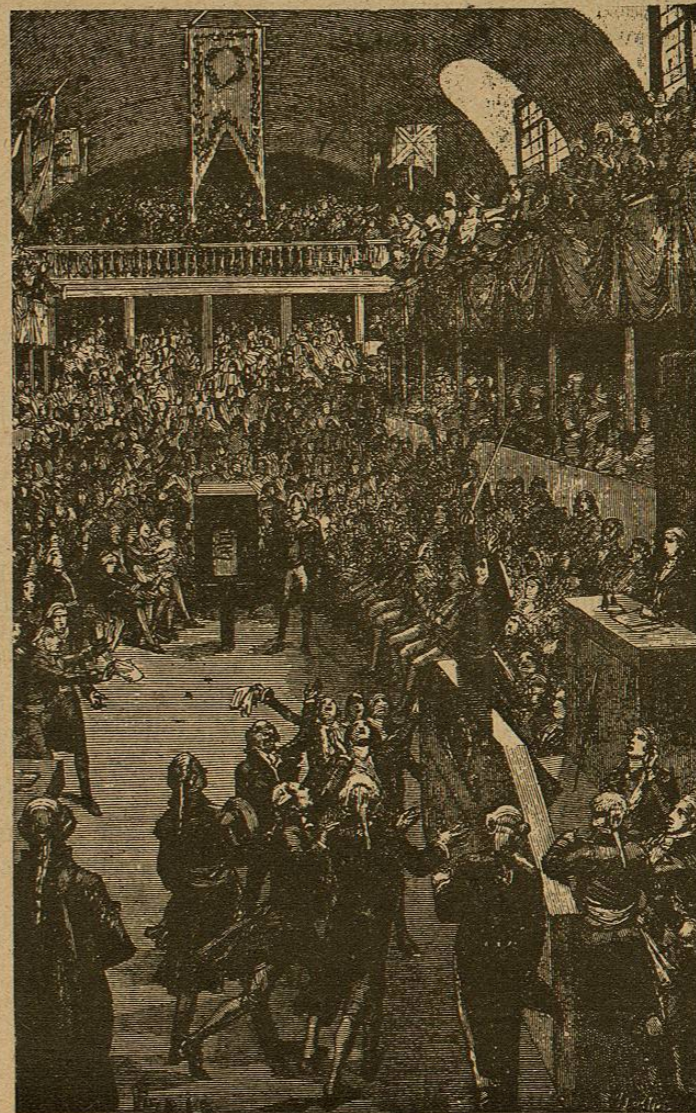


VERGNIAUD

prever que no se quería desatar, si no guardarla como un *en cas* de guerra y cortarla con la espada.

El 14 de Diciembre se presentó el rey en la Asamblea para declarar que consideraría como enemigo al elector de Tréves, si para el 15 de Enero no había disuelto las reuniones armadas. Fué aplaudido, pero su popularidad no ganó gran cosa. No se explicó respecto del extraño mensaje del emperador que preocupaba á todo el mundo. Anunció que no se apartaría jamás de la Constitución; pero acto seguido, la aplicaba de la manera más propia para provocar la indignación pública, oponiendo su *veto* al decreto sobre los sacerdotes (19 Diciembre del 91). La in-

dignación popular recayó sobre los fuldenses, cuyos jefes eran los consejeros de la corte. En su club se produjeron escenas violentas y la



Besó aquella espada, y blandiéndola cuan alto pudo, habló mejor que Ezequiel:  
— «¡Mirad! .. esta espada será victoriosa...» (Pág. 18)

Asamblea tuvo que declarar que en lo sucesivo no podría ningún club reunirse en el mismo edificio en que ella celebraba sus sesiones.

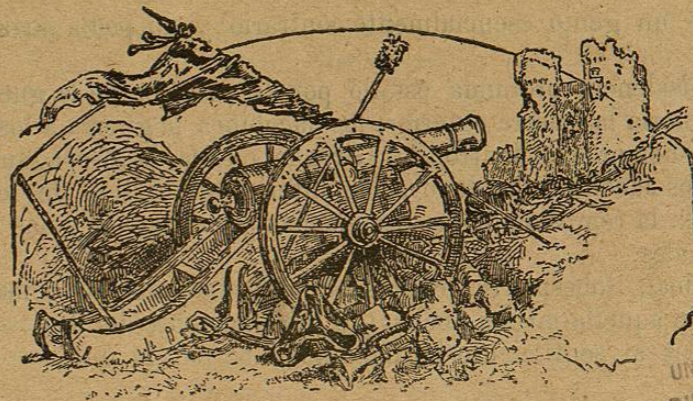
El decreto contra los sacerdotes no era precisamente la guerra; pero era el punto en que la conciencia, chocando contra la conciencia, y el

rey, colocándose justamente en contra del pueblo, uno ú otro había de ser destrozado.

Y sobre esta tormenta baja, pesada y sombría de la lucha interior, flota la tormenta luminosa, grandiosa de la guerra europea que se prepara al propio tiempo. De momento en momento se oyen sus truenos con relámpagos sublimes.

El 18 de Diciembre estalla en los Jacobinos de una manera original, fantástica y salvaje, á la cual no estaba acostumbrada aquella sociedad política, más disciplinada de lo que generalmente se cree. Presidía en aquella ocasión el profeta de la guerra, el violento predicador de la cruzada europea; ya se comprende que hablo de Isnard. Acababa de ocurrir una escena infinitamente conmovedora que con toda extensión he referido más arriba: en presencia de un diputado de las sociedades inglesas se habían entronizado en la sala los pabellones de las naciones libres, francesa, inglesa y americana. El diputado, acogido como solo en Francia se sabe hacer, y rodeado de mujeres jóvenes y hermosas que aportaban como presente para sus hermanos los ingleses el producto de su trabajo, acababa de responder con el embarazo propio de una viva emoción. Virchaux, aquel suizo de Neuchâtel que en Julio escribió en el Campo de Marte la petición de la república, presentó otro regalo. Era una espada de Damasco que ofrecía para el primer general francés que derrotase á los enemigos de la libertad. Aquella espada, dada por la Suiza todavía esclava y suplicante, á la Revolución francesa que había de libertarla, era un símbolo conmovedor. Cuarenta suizos del cantón de Vaud, los pobres soldados del regimiento de Chateauvieux se hallaban en las galeras de Francia como imagen viva del mundo encadenado que tenía puesta en nosotros su esperanza.

Isnard fué acometido de un transporte extraordinario. Besó aquella espada, y blandiéndola cuan alto pudo, habló mejor que Ezequiel: «Miradla!... esta espada será victoriosa. Francia dará una gran voz y todos los pueblos responderán. La tierra se cubrirá de combatientes, y los enemigos de la libertad serán borrados de la lista de los hombres.»



## CAPITULO II

### Sigue la cuestión de la guerra.—Madama Stael y Narbonne en el poder (Diciembre del 91, Mayo del 92)

Oposición entre madama Roland y Robespierre.—El quiere la guerra el 28 de Noviembre, pero después está por la paz.—Madama de Stael hace á Mr. de Narbonne ministro de la guerra, 7 de Diciembre.—Diversos criterios de la corte de los Fuldenses y de los Girondinos.—La corte temía la guerra.—Robespierre supone que la corte quiere la guerra y que conspira con los Fuldenses y la Gironda.—Los girondinos no pueden responder con claridad á Robespierre.—Doble de su conducta.—Impotencia de Narbonne, Enero del 91.—Vaguedad é ineficacia de los medios que propone Robespierre.—Europa pretende aplazar la guerra, la Gironda la decide.—Louvet contra Robespierre.—Desmoulins contra Brissot.—Desconfianza é inercia de los Jacobinos.—La corte y los sacerdotes organizan la guerra interior.—La Gironda confía las armas al pueblo.—Picas y gorros colorados, Enero-Febrero del 92.—La Gironda ataca á la corte por medio de la acusación de los ministros, 18 de Marzo del 92.—La corte acepta el ministerio girondino.

En el momento en que Isnard blandía la espada de la guerra, en que toda la sala, deslumbrada por el brillo del acero, casi se venía abajo aplaudiendo, Robespierre subió con aire sombrío á la tribuna, y dijo fría y lentamente: «Suplico á la asamblea que suprima esos movimientos de elocuencia material: pueden arrastrar á la opinión, que en este momento necesita ser dirigida por el ejemplo de una discusión tranquila.»

Descendió de la tribuna, y una atmósfera densa se cernió sobre la Asamblea. Couthón, el paralítico, levantándose de su asiento, pidió que se pasase á la orden del día. La sociedad era tan dócil, tan perfectamente disciplinada, que, con gran extrañeza de la Gironda, votó la orden del día.

Este último partido era el que, durante tres meses, había casi siempre, por Brissot, Fauchet, Condorcet, Isnard y Grangeneuve, presidido á los Jacobinos. Su calor y su entusiasmo habían, en cierto modo, entusiasmado á la sociedad. En realidad, era exterior y extraño